

El nuevo libro de José Teruel, *Los años norteamericanos de Luis Cernuda*, es el resultado de un meticuloso proceso de investigación que nace y se desarrolla en sucesivas estancias del autor en prestigiosas instituciones académicas de los EE. UU. Teruel había anticipado el interés por este tema en una de las cinco lecturas que, con motivo del centenario de Cernuda en 2002, había editado en colaboración con Philip Silver bajo el patrocinio del Instituto Internacional de Madrid y la Fundación Federico García Lorca. En aquella ocasión, Teruel decía que, en sus visitas a Middlebury y Mount Holyoke, había notado cómo Cernuda dejaba siempre un cierto «rastros de olvido» por esos *colleges* en donde ejerciera la docencia entre 1947 y 1952. Uno de los objetivos de aquel trabajo había sido abordar la muy traída y llevada dificultad en el carácter de Cernuda, esto es, su «leyenda», a través de la yuxtaposición de autobiografía y crítica literaria. En su libro, Teruel continúa y completa este proyecto de forma magistral. Por medio de una heurística aleatoria de vida y obra, este crítico demuestra la «función de rectificación y restitución» (22) que la escritura de Cernuda cumple en relación con los aspectos más controvertidos de su carrera literaria.

La estructura del libro la componen diez capítulos de extensión diversa precedidos de una introducción. En las líneas introductorias, Teruel anticipa que, dado el rechazo del poeta a ser biografiado, su análisis se apoyará en la «conjunción ambivalente entre el hombre y el poeta» ya que de ella «se nutrió su poesía» (21). En la misma sección, Teruel nos dice que intentará refutar «la idea recibida» de la decadencia estética de Cernuda a partir de 1947 (23), estableciendo a la vez la defensa de la actividad crítica del poeta (24).

Los capítulos primero y segundo adelantan ciertas claves interpretativas de la obra de Cernuda desde la poesía escrita antes de su llegada a Nueva York en 1947, así como un somero examen de los anticipos temáticos de América durante el mismo período. En las secciones tercera, cuarta y quinta del libro, Teruel aborda los primeros años de Cernuda en los EE UU como profesor de español en Mount Holyoke, Massachusetts, y Middlebury College, Vermont. A pesar de

la brevedad en la extensión de estos capítulos, el autor presenta la evidencia necesaria en torno a los distintos manejos que la obra de Cernuda recibía por aquellos años, y a la no siempre proporcionada respuesta del poeta. En las mismas páginas, sin embargo, también hace referencia al espinoso debate con Dámaso Alonso en relación con el protagonismo de Cernuda en la nómina del 27 (75), y a la rampante homofobia de Jorge Guillén según se deriva de la correspondencia citada con Pedro Salinas: «Qué tenemos que ver tú [Pedro Salinas] y yo con un marica» (77). En Mount Holyoke Cernuda finaliza *Vivir sin estar viviendo*. Según Teruel, esta colección confirma la experiencia del exilio como «un ingrediente más de la existencia desarraigada del poeta» (94) y el comienzo de la visión nostálgica de «una España imperial, grandiosa e imposible» (95).

En los tres capítulos siguientes, Teruel se centra en la decisiva importancia de la primera visita de Cernuda a México en el verano de 1949, la dificultad de readaptación al mundo anglosajón después de la misma, y la representación poética de la experiencia amorosa en tierras mexicanas. Teruel prueba su buen hacer como crítico y presenta importantes enmiendas y correcciones autógrafas a la primera edición de las *Variaciones* de 1952 que no se han tenido en cuenta en ediciones posteriores (104-110). Asimismo, resalta «el intimismo culturalista» (137) de Cernuda en poemas tan relevantes como «Águila y rosa» o «Retrato de poeta». Señala, con razón, que la vena culturalista en estos textos constituye un antecedente ineludible de la poética *novísima*, relativizando su pretendida novedad. Teruel añade que el culturalismo cernudiano apunta a la continuidad entre la poesía de la España de posguerra y la que se escribía en el exilio. En su lectura de los «Poemas para un cuerpo», este crítico subraya la normalización del deseo en la recepción inicial de estos textos (153), e insiste en el componente homoerótico de los poemas como afirmación existencial y «resquicio de libertad individual» (159).

En el capítulo noveno Teruel repasa la actividad ensayística de Cernuda y se detiene en sus trabajos sobre Cervantes y Unamuno para argumentar que la labor crítica del poeta «estuvo estrechamente vinculada a su reflexión sobre la poesía» (164). Según esta premisa, señala que Cernuda proyecta sobre Don Quijote la disyuntiva general de su obra; esto es, «el héroe como encarnación del conflicto entre la realidad y el deseo» (176). Añade que en su vindicación de Cervantes y Unamuno como poetas, Cernuda aplica los modelos poéticos que le interesaban en aquel momento: «el meditativo y el de la poesía de la experiencia» (180) y «su gradual asimilación del romanticismo inglés» (183).

Teruel concluye su estudio con un acercamiento muy completo a los últimos años de Cernuda en México y los EE.UU. A través de un lúcido análisis de *Desolación de la Quimera*, Teruel prueba su argumento inicial en relación con la madurez y relevancia estética del último Cernuda. Asimismo identifica con acierto los temas principales de esta colección, los cuales resume de la mano de José-Carlos Mainer a uno central: «la consagración del poeta como héroe» (210). En un libro ya pródigo en frases memorables, Teruel nos ofrece una más: «[l]a salvación del hombre como artista entraña la condenación del artista como hombre», de ahí que la figura de Cernuda se agigante «a la luz de lo que se llamó su leyenda» (237).

Luis Cernuda no fue, como se sabe, un hombre de trato liviano. Al parecer exquisito y distante, por no decir arisco e injusto en ocasiones, como señala Teruel en varios momentos de su trabajo, Cernuda permite que el resentimiento y la amargura afloren explícitos en su escritura. El libro alcanza desde este ángulo uno de sus principales objetivos: haber desvelado hasta qué punto la dificultad de Cernuda como hombre habría sido, como intuyera Jaime Gil de Biedma en su momento, una cuestión de pose literaria, al poner en el punto de mira la implicación del poeta en la elaboración de su propia leyenda. El proceso de desmitifica-

ción del mito de Cernuda descubre lo que la leyenda ocultaba, que al fin y al cabo es, como dice Teruel, lo que nos debe interesar a sus lectores: «su absoluta entrega y fidelidad a un destino: la poesía» (235).

En este sentido, Teruel realiza un sólido e impecable ejercicio de intervención filológica al acercarse al tema de la leyenda de Cernuda dentro de los parámetros contextuales y literarios que determinaron los quince últimos años de la vida de este autor. Pero el autor no es solo un nombre sino también, como indica Michel Foucault, una función estrechamente ligada a los sistemas legales e institucionales que resuelven la des/articulación del sujeto en el (y del) discurso. Parece legítimo, entonces, haber profundizado en *Los años norteamericanos de Cernuda* en relación con tres de los asuntos entrevistados por José Teruel: la homofobia de algunos contemporáneos, la (muy debatida y todavía debatible) reproducción de la visión imperial de España desde el exilio republicano, y, más importante, la apropiación institucional del nombre «Luis Cernuda» en los últimos años. Es ahora cuando el libro de Teruel se muestra indispensable en los estudios culturales y literarios peninsulares: no solo proporciona una riquísima veta de información acerca de uno de los mayores poetas españoles del siglo XX, sino que acrecienta el interés crítico por su trabajo, invitándonos a perfilar y matizar nuestra investigación, que también es, sin duda, de lo que se trata.

ENRIQUE ÁLVAREZ